

Salud, don Carrillo

Cuando alguien tiene la valentía de defender sus convicciones sin dejarse arrastrar por las viejas banderas o las viejas palabras, se merece un aplauso sonoro de la opinión. Salud, don Carrillo. En este páramo insondable de la vida política española, agostada por cuarenta años de pertinaz barbarie, el valor de Santiago Carrillo el otro día, al cambiar viejas banderas y viejas batallas por las banderas nuevas y las batallas de siempre, es algo insólito y admirable.

Después de haber sufrido tanto y muerto tanto, los trabajadores españoles no están ahora en condiciones de pelear guerras que ya se pelearon o de luchar por mitos que ya ni existen. La guerra civil terminó en 1939 —a Dios gracias— y sólo la pereza mental, la provocación o la estupidez pueden llevarnos en 1977 a tomar medidas para ganar la guerra ya perdida. La revancha es placer de los idiotas, porque en la historia nunca se disfruta la revancha. Sólo los dioses viven tanto y cambian tan poco como para gozarla.

Los trabajadores españoles de hoy, las grandes masas de la España actual no dan un dedo ni una uña por tener una bandera tricolor en lugar de una bandera carolina de sólo dos bandas. Como tampoco los españoles de hoy desean morir ni uno por la vieja batalla, ya ganada y ya perdida, de qué es mejor: monarquía o república.

La forma de gobierno es lo de menos con tal de que el fondo de gobierno funcione como es debido. Aquí se quiere justicia, aquí se exige libertad, aquí debe haber sindicatos libres, aquí deben respetarse los derechos humanos a pies juntillas, aquí se necesitan viviendas, salud, educación y hasta imaginación boyante. Como también necesitamos aquí abandonar el ghetto universal en donde nos colocó el general Franco, reanudar una política internacional de tomo y lomo, pisar fuerte por Europa, defender nuestros pescados y naranjas, dejar de ser los "negros blancos" del continente y hasta enseñar por ahí que ser español no es sólo sufrir una desgracia con un dictador al frente. Algún día tendremos que dejar de mirarnos el ombligo propio si conseguimos que no nos hieda.

Y cuando el líder de un partido político, una de las mejores cabezas de la escena pública actual, demuestra que está en el camino adecuado, que no le tiene miedo a los mitos ni a las palabras huecas, que cambia lo accidental para preservar lo fundamental, hay que aplaudir, y aplaudir sonoramente. Don Carrillo, don Carrillo, vaya par de corajes.